

LA VISION CRISTIANA DEL COSMOS

Una introducción al Sermón *Los poderes de la naturaleza*

Introducción y traducción: Fernando María Cavaller

La consideración creyente acerca de los Ángeles que Newman hace según la encuentra en la Revelación, en cuanto agentes de la naturaleza inanimada, está lejos de ser una visión particular suya. Es eco de una larga tradición que se remonta a los Santos Padres, por un lado, y responde a una visión mística propia del espíritu inglés, expresada en la poesía del romanticismo del siglo XIX, por otro. Ambas fuentes, una teológica y la otra literaria, se oponían a la mirada materialista sobre la realidad visible, que ya en época de Newman aparecía como la respuesta científica seria frente a visiones consideradas míticas propias de épocas pasadas. Newman recoge la visión bíblica del cosmos, que ve en todas las cosas y en todo lo que pasa signos de la bondad divina. Este mundo es fundamentalmente espiritual. El mundo angélico aparece revestido en el mundo físico, al que pertenecemos por nuestro cuerpo, pero que ha sido sujeto al mundo espiritual de los ángeles caídos. Los ángeles fieles son testigos de la significación continua y verdadera del mundo creado. El mundo es el reflejo de la gloria de Dios, y por la redención de Cristo, será enteramente absorbido en la gloria de Dios. Esta transfiguración será en el último día, pero es preparada ahora. La fe prepara la visión. El nexa entre creación, redención y eucaristía es notorio.

Desde el comienzo del siglo XV, y más marcadamente después del período del renacimiento, a pesar de la reforma protestante y de la contrarreforma católica, hay un declinar de la visión religiosa del mundo. Ya en la época inmediatamente precedente a Newman, y precisamente en Inglaterra con la revolución industrial, cristalizó la visión del mundo como fuente de satisfacción y de explotación. El resultado fue impedir ver el mundo como un cosmos lleno de sentido orientado hacia la trascendencia. Pero, precisamente, el pensamiento de Newman sobre el mundo natural se presenta aquí en contraposición a esa pretensión racionalista. Sus respuestas a esta tendencia fueron siempre tajantes y puedan parecer exageradas algunas afirmaciones, pero no eran contra la ciencia como tal sino contra un espíritu superficial y utilitario que excluía de plano la trascendencia del mundo material.

Frente a esto encontramos la historia de una escuela de poesía mística, ultrapersonal y todavía intensamente tradicional en su esencia, que floreció a lo largo del siglo XIX y permanece vital hasta hoy. En Inglaterra tenía antecedentes en la visión poética de la realidad de George Herbert (1593-1633) el santo del Anglicanismo, que recuerda el mundo de Dios : la iglesia de la villa, el jardín, el muro, la catedral de Salisbury distante entre los árboles. Dios está siempre presente en la humildes manifestaciones de la realidad diaria. Lo invisible aparece a través de lo visible. Sigue Henry Vaughan (s XVII), discípulo de Herbert y un contemplativo estático, hasta llegar a William Wordsworth (1770-1850), que canta una poesía en la cual el Salvador, que es primero y sobre todo Dios creador, se muestra en un mundo que lleva estampada su presencia activa, y que fue acusado por puritanos de panteísmo o de neo-paganismo. Bouyer se pregunta más bien si esto no es panenteísmo : literalmente “que lo ven todo en Dios”, como se dió en el pensamiento de los renanos representados por el maestro Eckardt o el de Malebranche, o teologías rusas como la de Sergio Bulgakov, o la misma expresión de San Pablo : “Dios todo en todos” (1 Co 15,28). No pueden llamarse

panteístas sin más a los sistemas que hacen hincapié en la inmanencia de Dios, como San Agustín. Newman admiraba a Wordsworth, y su misma poesía y homilética contiene el sabor propio de estas visiones místicas del cosmos creado. Pero esta misma tradición tiene un referente más antiguo que hunde sus raíces en el cristianismo primitivo.

La tradición patristica, que Newman ya había asimilado para la época de este Sermón, respondía al gnosticismo y al maniqueísmo de aquellos primeros siglos del cristianismo. La materia no es mala, ni emerge después de la caída original, ni existe aparte del espíritu creado, sino que es simplemente el límite de su existencia autónoma. Existe en la orilla (borde) del llamado mundo material un reflejo de un universo esencialmente espiritual y personal. Siendo Dios el ser personal por esencia, el único mundo concebible que podía crear es un mundo de personas. De acuerdo a la Escritura y a la Tradición, el mundo físico, la naturaleza, es mucho más que un mero universo material. De hecho, su aspecto material no es sino la envoltura, la vestidura exterior de un mundo totalmente espiritual, sin el cual la existencia de la materia sería incomprensible, y la esencia del cosmos caería en la nada. Este mundo primordial, reconocido en todas sus dimensiones, es lo que los padres griegos y San Agustín llamaban aún “el mundo inteligible”, siguiendo la terminología platónica. (Agustín, Confesiones, XII, 20 ; Basilio, Hexámeron, Hom I,5 ; Gregorio de Nacianzo, Poemas II,7,VII). Lo que tenían en mente era el mundo angélico, cuya presencia invisible asume la Biblia como el fundamento de toda la realidad visible. Cualquiera sea el uso que estos Padres hicieron de los términos acuñados por Platón para tratar la misteriosa realidad del mundo invisible, que sostiene el visible y es conocido a través suyo, el mundo inteligible era para ellos verdaderamente diferente de lo que significaba para los antiguos griegos. Esto aparece mejor en Gregorio de Niza, que de todos los Padres es el que entendió mejor a Platón : para Platón el mundo invisible era un mundo de ideas, para la fe cristiana un mundo de personas.

La tradición, desarrollada después por la escolástica, afirmó que la materia es una parte original y esencial de la creación, en adición al espíritu. Santo Tomas afirmará que cuando ocurra al final la resurrección, el cuerpo humano no será absorbido ni desaparecerá en el espíritu, sino que será espiritualizado, como el entero universo tangible será transfigurado aún en su materialidad por la gloria de Dios (I, q.76, a.5). San Buenaventura fue más allá, y afirmó que aún en seres incorpóreos como los ángeles, el espíritu creado no puede ser completamente inmaterial, ni ahora ni en la eternidad (In I Sent, 8,2 un.,2.concl). Aunque Santo Tomás no coincide en esto, ve a los ángeles en estrecha relación con el elemento material del universo.

Pero hay una ulterior consideración en torno a la visión patristica del cosmos. La primera y más importante característica compartida por el pensamiento de los Padres, y que deben directamente a la tradición de los profetas hebreos y a la apocalíptica, es la de que el mundo entero es esencialmente litúrgico. El cosmos entero, en la perspectiva judía y cristiana, aparece primero de todo como una celebración de la gloria increada a través del tiempo todo de la creación. El cosmos, visto como básicamente angélico, existe solo para la gloria del Creador, que es primero el Padre invisible de su Hijo unigénito en quien todo fue creado en orden a ser inmediatamente vivificado en el Espíritu, que es Espíritu de luz y vida, precisamente porque es el Espíritu del Padre y de filiación. Desde este punto de vista, la misma belleza del mundo, no solo la belleza estática de sus formas no cambiantes sino la belleza viviente de sus desarrollos, aparece

como una última radiación, una reflexión en su superficie, a través del mundo angélico, el cosmos inteligible, de la misma gloria del ágape trinitario. Esta visión sistematizada por el pseudo-Dionysio, lejos de ser el resultado de una contemplación intelectual helenista o el producto final de una gnosis irania a través de la tradición apocalíptica, se origina en la tradición profética temprana y mosaica, o aún pre-mosaica. Deriva directamente de la visión de los serafines rodeando el trono de Dios, del cap.6 de Isaías, y de los querubines y *Ophanin* en Ezequiel...Pero estos dos libros reflejan una tradición más antigua, de acuerdo a la cual Moisés mismo construyó el tabernáculo y organizó los ritos de culto en conformidad con la visión del santuario celestial en el Sinaí (Ex 26,9). Y esto a su vez parece haber sido anticipado en la visión de la escala de Jacob, con los ángeles descendiendo y ascendiendo, desde el santuario terrenal que iba a ser Betel, a la casa celestial de Dios (Gen 28,10), texto al que Newman volvía una y otra vez en sus escritos con manifiesta predilección para poner de relieve la unión del mundo visible con el invisible, que puede hacerse visible de repente.

En este Sermón Newman ha sacado a relucir en términos perfectamente accesibles a las mentes modernas, los principios básicos y las permanentes implicancias de esta visión cósmica, bíblica y patrística. La Escritura misma nos enseña a discernir esta actividad angélica como el fondo del cosmos visible, y que nos da su profundo significado : todas las cosas creadas están al servicio de Dios.. Darnos cuenta (to realize) de este significado nos permite ver en el mundo visible una primera y fundamental revelación de Dios. Todas las cosas adquieren sentido sólo si contribuyen a la glorificación de Dios, como de hecho hacen en las manos de los poderes angélicos, cuyos compañeros buenos estamos llamados a ser. Puede ser interesante hoy la lectura de un sermón semejante, cuando el interés por la naturaleza y la preocupación ecológica por el cuidado del planeta, ciertamente valiosos, están, sin embargo, impulsados y expresados en términos que olvidan al Creador, cuando no son directamente panteístas. Al mismo tiempo, vivimos en una sociedad tecnológica que sólo valora lo material de la naturaleza. La fe sabe mirar en profundidad a través de las cosas y hallar la presencia del Creador, así como la de ese mundo espiritual poblado de Ángeles. La consideración de los ángeles es fundamental para ayudarnos a descubrir el significado básico de la creación : una manifestación de la gloria de Dios, lo cual implica para Sus criaturas inteligentes, no cualquier gozo libre, egoísta y materialista del mundo material, sino un servicio y adoración a nuestro Creador. Después de este Sermón habría que leer aquel sobre “El mundo invisible” (PPS IV,13, de 1834), quizá el más sugestivo de todos (Newmaniana nº 12, 1994).

Para Soloviev la única salvación posible para el mundo es una renovación del espíritu en el cual la Iglesia se dedique nuevamente a la visión cósmica del cristianismo primitivo, derivada de la misma Revelación. Se trata de lo mismo en que insiste en varios de sus libros Joseph Ratzinger, hoy Benedicto XVI, acerca de la recuperación del aspecto cósmico en la liturgia dominical eucarística, que la mayoría busca fuera del cristianismo y de su liturgia. El domingo es el primer día de la Creación y también el día de la Resurrección de Cristo, el de la nueva creación redimida del pecado y de la muerte. A ambos acontecimientos están ligados los Ángeles. La referencia que hace Newman en el Sermón a la celebración de la Eucaristía pone de relieve esta doble significación, precisamente expresada en la presencia angélica. Así, se muestra portador de aquella tradición bíblica y patrística, y en consonancia con estos autores contemporáneos. El Sermón nos ayudará a purificar nuevamente nuestra mirada sobre el mundo visible que nos rodea para descubrir ese otro que no se ve...todavía.

LOS PODERES DE LA NATURALEZA
(Fiesta de San Miguel y todos los Ángeles)

*El que hace a Sus Ángeles vientos, y a Sus servidores llamas de fuego (Sal 104,4)*¹

En la Festividad de hoy viene a nuestras mentes el pensamiento de aquellos Bienaventurados Siervos de Dios que nunca conocieron el pecado, que están entre nosotros, aunque invisibles, sirviendo siempre a Dios gozosamente tanto en la tierra como en el cielo, y que por la voluntad condescendiente de su Creador sirven a los redimidos en Cristo, herederos de la salvación.

Han habido épocas del mundo en las cuales los hombres han pensado quizá demasiado en los Ángeles, rindiéndoles excesivo honor, tan perversamente como para olvidar el culto supremo debido a Dios Todopoderoso. Fue el pecado de una era oscura. Pero el pecado de lo que se llama una era educada, tal como la nuestra, es precisamente el contrario: tenerlos poco o nada en cuenta, y no atribuir a su actividad todas las cosas que vemos a nuestro alrededor, sino a presuntas leyes de la naturaleza. Este parece ser, digo, nuestro pecado, en cuanto somos iniciados en el estudio de este mundo, y es el peligro de muchas –así llamadas– búsquedas filosóficas, ahora de moda, y de la química, la geología, y cosas por el estilo, recomendadas celosamente a la observación de grandes sectores de la sociedad, que hasta ahora eran extraños a todo ello. El peligro es apoyarse en las cosas visibles, olvidando las invisibles, y nuestra ignorancia acerca de éstas últimas.

Intentaré expresar lo que quiero decir más detenidamente.. El texto bíblico nos informa que Dios Todopoderoso hizo a Sus Ángeles vientos o espíritus, y a Sus servidores llama de fuego. Consideremos lo que esto implica.

1. ¡Cuántos objetos bellos y maravillosos nos presenta por todos lados la naturaleza! En algunos vemos realmente síntomas de inteligencia y nos formamos alguna idea de lo que son. Por ejemplo, acerca de los animales sabemos poco, pero aún así vemos que tienen sentidos y comprendemos que su forma corporal que ve el ojo no es sino índice, señal exterior, de algo que no vemos. Es así tanto más en el caso de los hombres: vemos que se mueven, hablan y actúan, y sabemos que todo lo que vemos ocurre como consecuencia de su voluntad, porque tienen espíritu dentro suyo, aunque no lo vemos. ¿Pero por qué fluyen los ríos? ¿Por qué cae la lluvia? ¿Por qué nos calienta el sol? ¿Por qué sopla el viento? Aquí nuestra razón natural está en falta. Sabemos, digo, que es el *espíritu*, en los hombres y en las bestias, que los hace mover a unos y otros, pero la razón nos dice que no hay ningún espíritu que more en lo que llamamos comúnmente el mundo natural, y que le haga realizar sus tareas ordinarias. Por supuesto, está la voluntad de *Dios* que *sostiene* todo, de modo que ella *nos* permite también movernos, aunque esto no impide que en cierto sentido podamos decir

¹ Cita la versión griega de los LXX, que es la que toma la Carta a los Hebreos de este versículo (Heb 1,7)

realmente que somos nosotros mismos que nos movemos. Pero ¿cómo se mueven el viento, el agua, la tierra y el fuego?

Aquí la Escritura se interpone y parece decirnos que toda esta maravillosa armonía es obra de los Ángeles. Estos acontecimientos que atribuimos a la casualidad, como el tiempo, o a la naturaleza, como las estaciones, son servicios hechos a ese Dios que hizo que Sus Ángeles sean vientos y Sus servidores llamas de fuego. Por ejemplo, fue un Ángel quien dio a la piscina de Betesda su poder medicinal (Jn 5,4), y no hay razón por la que debiéramos dudar de que otras fuentes saludables en este o aquel país lo sean por un ministerio invisible semejante. Los fuegos sobre el Monte Sinaí, los truenos y relámpagos, fueron obra de los Ángeles (Ex 19, 16-18; Gla 3,19; Hech 8,53), y leemos en el Apocalipsis acerca de los Ángeles que sujetan los cuatro vientos (Ap 7,1). Se les atribuye se modo semejante, obras de venganza, como la terrible lava de los volcanes que parece haber causado la ruina de Sodoma y Gomorra, pero obrada por los dos Ángeles que rescataron a Lot (Gen 19,13). Las huestes de Senaquerib fueron destruidas por un Ángel, se supone que por medio de un viento sofocante (2 Re 19,35). La peste en Israel cuando David hizo el censo fue obra de un Ángel (2 Sam 24, 15-17). El terremoto en el momento de la resurrección fue obra de un Ángel (Mt 28,2). Y en el Apocalipsis la tierra es azotada de varias maneras por Ángeles vengativos (Ap 8, 9, 16).

Así, según prosiguen las revelaciones de la Escritura, aprendemos que el curso de la naturaleza, que es tan maravilloso, tan bello y tan temible, es obrado por ministerio de aquellos seres invisibles. La naturaleza no es inanimada, su diario trabajo es inteligente, sus obras son *servicios*. De acuerdo a esto dice el salmista, “Los cielos cuentan la gloria de Dios, la obra de sus manos anuncia el firmamento” (Sal 19,1). “Para siempre, Señor, tu palabra, firme está en los cielos. Tu verdad permanece de generación en generación, igual que fundaste la tierra y permanece. Por Tu mandamiento subsisten hasta hoy, porque *todas las cosas están a Tu servicio*” (Sal 119, 89-91).

No pretendo decir que la Escritura nos enseña lo que es la materia, pero afirmo que así como nuestras almas mueven nuestros cuerpos, siendo estos lo que son, así existen Inteligencias Espirituales que mueven esas maravillosas y vastas porciones del mundo natural que parecen inanimadas, y así como los gestos, palabras y expresión de los rostros de los amigos que nos rodean nos permiten mantenernos en relación con ellos, así en las mociones de la naturaleza universal, en el intercambio con el día y la noche, el verano y el invierno, el viento y la tormenta, que cumplen Su palabra, se nos recuerda a los bienaventurados y serviciales Ángeles.

En esta Festividad, bien podemos entonces cantar el himno de aquellos tres santos jóvenes a quienes Nabucodonosor lanzó al horno de fuego. A los Ángeles se les ordenó cambiar la naturaleza de las llamas y hacerlas inofensivas para los jóvenes, que a su vez invocaron a todas las creaturas de Dios, especialmente a los Ángeles, para glorificarle. (Daniel 3, 1-90). Aunque han pasado cientos de años desde entonces y el mundo piensa vanamente que sabe más de lo que sabía y que ha encontrado las causas reales de las cosas que ve, podemos aún decir con gratitud y simple corazón, “Creaturas todas del Señor, Ángeles del Señor, sol y luna, astros del cielo, lluvia y rocío, vientos todos, luz y tinieblas, montes y cumbres, cuanto germina en la tierra, bendecid al Señor, ensalzadlo y alabadlo por los siglos”. Por eso, cuando miramos fuera nos acordamos de esos Seres agradecidos y santos, siervos del Dios Altísimo, que se dignan servir a los herederos de la salvación. Cada soplo de aire, cada rayo de luz y calor, cada paisaje bello, es como la

orla de las vestiduras, el ondear de los mantos de aquellos cuyos rostros ven a Dios en el cielo. Y propongo a cualquiera referir a ellos los movimientos del mundo natural, aunque no lo es filosóficamente, ni como estar llenos de un gozo intelectual, ni como el intento de explicar estos movimientos por ciertas teorías de la ciencia, útiles como son ciertamente para propósitos particulares y capaces de una aplicación religiosa (en subordinación a esa visión más elevada).

2. Esto me lleva a otra consideración de la doctrina que consideramos. Mientras aparece en la mente y le da materia de reflexión, es también provechosa como humilde doctrina, según he mostrado ya. El hombre presumido quiere ser sabio y examina con curiosidad las obras de la naturaleza como si no tuvieran vida y sensibilidad, como si sólo él fuera inteligente y ellas sólo materia inerte, sea cual sea la estrategia al comienzo. De este modo continúa trazando el orden de las cosas, buscando las causas de ese orden, dando nombres a las maravillas que encuentra, y pensando que comprende lo que ha nombrado. Al final forma una teoría, la recomienda por escrito, y se llama a sí mismo filósofo. Ahora bien, todas estas teorías científicas de las que hablo son útiles para clasificar y ayudarnos así a *recordar* las obras y las formas de actuar de Dios y de Sus Ángeles servidores. Son aún más útiles al permitirnos *aplicar* el curso de Su providencia y de los mandatos de Su voluntad, en beneficio del hombre. Se nos capacita para gozar de los dones de Dios, y le damos gracias por el conocimiento que nos hace capaces de ello, y honramos a aquellos instrumentos Suyos que lo comunican. Pero si aquel hombre imagina que porque sabe algo acerca del orden maravilloso del mundo, sabe en consecuencia *cómo* son las cosas realmente, si trata los milagros de la naturaleza (por llamarlos de algún modo) como meros procesos mecánicos que continúan su curso por sí mismos, como las obras del ingenio humano son puestas en movimiento (un reloj, por ejemplo) y continúan luego por sí mismas, sí en consecuencia es irreverente (por llamarlo así) en su conducta hacia la naturaleza, pensando que ella no lo escucha y no ve cómo se porta con ella (por así decir), y, más aún, si él concibe que el orden de la naturaleza, que parcialmente discierne, estará en el lugar que pertenece al Dios que lo hizo, y que todas las cosas continúan moviéndose, no por Su voluntad y poder y la acción de miles y cientos de miles de Sus invisibles servidores, sino por leyes fijas autogeneradas y autosustentadas, ¡qué pobre y débil gusano, qué miserable pecador ha venido a ser! Me temo que esa es la condición de muchos hombres de hoy, que hablan en voz alta, y aparecen ante ellos mismos y ante los demás como oráculos de la ciencia, y a medida que avanzan saben mucho más acerca de las operaciones de la naturaleza que cualquiera de nosotros.

Consideremos ahora cuál es la situación real de las cosas. Supongamos que el investigador que he descrito, cuando examina una flor, o una hierba, o un guijarro, o un rayo de luz, como algo por debajo suyo en la escala de lo existente, de pronto descubre que está en la presencia de algún ser poderoso, escondido detrás de las cosas visibles que inspecciona, quien ocultando su mano sabia, está sin embargo dándoles belleza, gracia y perfección, porque es el instrumento de Dios para tal fin, y cuyo manto y ornamentos son aquellos objetos maravillosos, que analizaba con tanta ansia. ¿Cuáles serán sus pensamientos? Si fuéramos accidentalmente rudos hacia nuestro amigo, pisándole el dobladillo de su vestimenta o rozándole toscamente al pasar, ¿no estaríamos enfadados, no como si le hubiésemos lastimado sino por el temor de haber sido irrespetuosos? David había vigilado la tremenda peste de los tres días, sin duda no por curiosidad sino con terror indescriptible y remordimiento, pero cuando al final “levantó los ojos y vio al Ángel del Señor” (que había causado la peste) “parado entre la

tierra y el cielo con una espada desenvainada en su mano, extendida contra Jerusalén, entonces David y los ancianos, cubiertos de sayal, cayeron rostro en tierra” (1 Cro 21,16). La misteriosa e irresistible peste se hizo aún más temible cuando se conoció la causa, y lo que es verdad acerca de lo terrible es verdad por otro lado acerca de los agradables y atractivas actividades de la naturaleza. Cuando caminamos fuera, y “meditamos en el campo al atardecer”, ¡cuánto nos sorprende y sobrecoge cada hierba y flor! Pues, aún cuando supiéramos tanto acerca de ellas como el más sabio de los hombres, están aquellos que nos rodean, aunque no se ven, para quienes nuestro más gran conocimiento es como ignorancia. Cuando conversamos científicamente sobre temas de la naturaleza, repitiendo nombres de plantas y tierras, y describiendo sus propiedades, debemos hacerlo religiosamente, como en presencia de los grandes Siervos de Dios, con esa suerte de timidez que siempre sentimos cuando hablamos delante de los estudiosos y sabios de nuestra propia raza mortal, como pobres iniciados en el conocimiento intelectual, tanto como en los logros morales.

Ahora bien, puedo concebir que haya personas para las cuales todo esto le parezca fantasioso, pero si parece así es sólo porque no estamos acostumbrados a pensamientos semejantes. Ciertamente no se nos habla en la Escritura de los Ángeles por nada, sino con propósitos prácticos, y, no puedo concebir un uso más práctico de nuestro conocimiento que hacer conectar la visión de este mundo con el pensamiento del otro. Ni hay ninguno más consolador, pues es por cierto un gran consuelo reflexionar que vayamos dónde vayamos estamos rodeados por aquellos que son servidores de todos los herederos de la salvación, aunque no los veamos. Ni hay nada más fácil de comprender y sentir por parte de todos los hombres, pues sabemos que en un tiempo la doctrina de los Ángeles fue aceptada aún demasiado rápidamente. Y si alguien argumenta que es peligrosa, que recuerde el gran principio de nuestra Iglesia: el abuso de una cosa no descalifica el uso de la misma; y que aprenda de San Pablo que exhorta a Timoteo no sólo “delante de Dios y de Cristo”, sino también delante de “los Ángeles escogidos” (1 Tim 5,21). De aquí que en el Servicio de Comunión², nuestra Iglesia nos enseña a unir nuestras oraciones con aquella de los “Ángeles y Arcángeles, y toda la compañía celestial”; y los primeros cristianos esperaban que ellos sirvieran en los tiempos de culto de la Iglesia y glorificaran a Dios con ella. Estos pensamientos tienen influencia directa en nuestra fe en Dios y en Su Hijo, pues cuanto más podamos agrandar nuestra visión del mundo venidero, mejor. Cuando contemplamos a Dios Todopoderoso rodeado por Sus Santos Ángeles, miles de miles de Espíritus servidores y decenas de miles delante de El, la idea de Su tremenda Majestad brota en nosotros de modo más impresionante y poderoso. Comenzamos a ver qué pequeños somos, qué pobres e indignos somos, y cuán grande y temible es El. El más bajo de Sus Ángeles está indefinidamente por encima nuestro en nuestra condición presente. ¡Cuán elevado debe ser el Señor de los Ángeles! Si los mismos Serafines ocultan sus rostros ante Su gloria, mientras le alaban, ¡qué avergonzados deberán estar los pecadores cuando lleguen a Su presencia!

Por último, es un motivo para esforzarnos en hacer la voluntad de Dios pensar que, si llegamos al cielo, vendremos a ser compañeros de los bienaventurados Ángeles. De hecho, ¿qué sabemos acerca de la corte celestial sino que está poblada de ellos? En consecuencia, nos son revelados para que podamos fijar nuestros pensamientos en ellos cuando miramos hacia el cielo. Ciertamente, el cielo es el lugar de Dios Todopoderoso y

² Modalidad anglicana para referirse a la celebración de la Eucaristía.

en El debemos pensar en primer lugar, y en Su Hijo y Salvador que murió por nosotros y que está manifestado en los Evangelios en orden a que podamos tener algo definido para contemplar. Por la misma causa nos son revelados también los Ángeles, de manera que el cielo pueda ser tan pequeño como sea posible en nuestras imaginaciones de un lugar desconocido.

Detengámonos en estos pensamientos sobre los Ángeles de Dios, y mientras tratamos de pensar dignamente sobre ellos estemos precavidos para no hacer de esta contemplación un mero sentimiento, una suerte de lujo de la imaginación. Este mundo debe ser un mundo de práctica y trabajo, y Dios nos revela vislumbres del tercer cielo para nuestro consuelo. Pero si nos complacemos en esto como el fin de nuestra vida presente, sin tratar de purificarnos día a día para el gozo futuro de la plenitud que Ellos tienen, vendrán a ser una trampa de nuestro enemigo. Los Servicios³ religiosos de cada día, la obediencia a Dios en nuestra vocación y cuestiones ordinarias, los esfuerzos por imitar a nuestro Salvador Jesucristo en las palabras y en la obras, la oración constante a El, la dependencia de El, todo esto es la debida preparación para recibir y aprovechar Sus revelaciones. Por mucho que un hombre pueda escribir y hablar maravillosamente acerca de los Ángeles, no será de ningún modo mejor ni estará más cerca del cielo por sus excelentes palabras.

³ idem nota 2